

reto vivo para el escritor, que ha ensayado con él constantemente sin haberlo agotado aún.

Hasta la guerra civil de 1936-1939 el género buscó su voz propia, modestamente, adaptando modelos extranjeros (Rousseau, Renan sobre todo) y asomándose a las novedades del modernismo en la prosa literaria. De esos años destaca una de las primeras joyas de este género, las *Confesiones de un pequeño filósofo* (1904), de Azorín: un hermoso experimento a medio camino de la novela lírica que se comenzaba a ensayar en aquellos años, la autobiografía y el moroso ejercicio de estilo que acabaría siendo la seña de identidad literaria del escritor alicantino.

Hacia la mitad del siglo se inicia la publicación del que quizá sea el mejor y más conocido relato de infancia, *La arboleda perdida*, de Rafael Alberti. Esta obra prolongada en el tiempo por sucesivas ediciones a modo de un diario de la memoria, destaca sobre todo por su primer libro, publicado en México en 1942 y completado con el segundo libro, publicado en Buenos Aires en 1959. Uno y otro constituyen un díptico interesantísimo de muy distinta temperatura. La importancia en ambos del momento de escritura les da su especificidad. El primero recoge aún el dolor y la rabia de una derrota reciente, y la ruptura y la escisión propia de todo exiliado, que en el caso de Alberti se combate con la reconstrucción de una infancia luminosa a fuerza de su palabra poética. La segunda parte es la de un hombre que nos relata sus inicios como escritor en España en tanto que metafórico paralelismo de que está asentándose en la tierra de acogida, donde empieza casi de nuevo su carrera literaria. El tono cambia hacia una cierta serenidad y optimismo al recordar una prometedora juventud como artista.

Tras la guerra, el tiempo de la dictadura marca de una forma u otra la escritura autobiográfica, aunque la sombra traumática no aparezca hasta prácticamente la segunda mitad de los años setenta. Así en la década de los cincuenta aún podemos encontrar relatos como el de Camilo José Cela, *La rosa* (1959), de marcado carácter lírico, o los dos primeros volúmenes de la sorprendente tetralogía *Los pasos contados* de Corpus Barga (publicada a partir de 1979), ejemplo de las posibilidades experimentales de este género. A medida que la dictadura avanza hacia su fin la escritura autobiográfica recupera los recuerdos de los hijos de la guerra: Antonio Rabinad (uno de los primeros en rescatar el dramatismo de esa vivencia en *El niño asombrado* publicado en 1967, pero escrito años antes), Carlos Barral (*Años de penitencia*, 1974), Juan Goytisolo (*Coto vedado*, 1985), Francisco Umbral (*Memorias de un niño de derechas*, 1972), Fernando

Arrabal (que con *Baal Babilonia* publicado en 1977 explora los terrenos ambiguos que median entre la novela y la escritura autobiográfica), Salvador Pániker (*Primer testamento*, 1985), Terenci Moix (*El peso de la paja*, desde 1990) y tantos otros. En su gran mayoría estos autores escriben en sus recuerdos sobre una infancia y una juventud desde las cuales ajustan sus cuentas contra la opresión del régimen franquista. El conjunto de estos relatos de infancia y juventud es quizás el más interesante desde 1939 hasta nuestros días. Como denominador común los autores prefieren detenerse en aquellos ámbitos de su experiencia donde pueden hallar un rincón de libertad personal: el sexo, la cultura, los círculos de amigos, etc., se convierten en espacios de resistencia y de elaboración de una trayectoria personal que pretende liberarse del gris plomizo de esos años, con la promesa de la energía juvenil, del juego, del descubrimiento de lo prohibido (moral, literario y político). Precisamente será la juventud más que la infancia el terreno que escojan casi todos estos autobiógrafos por ser el espacio donde pueden asomarse al mundo adulto y oponer a sus múltiples niveles de represión su propia búsqueda de la libertad personal y colectiva.

El relato de infancia también será el terreno para la manifestación de otra identidad, la de las mujeres, que buscarán también a través de su propia infancia y juventud una posición desde la que lanzar su propia versión del recorrido vital. Así, Carmen Conde (*Empezando la vida*, 1955), María Campo Alange, (*Mi niñez y su mundo*, 1956), Rosa Chacel (*Desde el amanecer*, 1972), Dolores Medio (*Atrapados en la ratonera*, 1980) y otras como la activista Lidia Falcón en *Los hijos de los vencidos* (1979) nos hablarán de infancias cuyos espacios de reclusión deberán romper para ganarse un espacio público al que los hombres acceden de forma natural pero que para las mujeres es aún un campo de lucha y un terreno por conquistar para así cumplir con su vocación intelectual o artística.

Y de este modo el género llega hasta nuestros días demostrando una vitalidad aún no agotada, como prueban las sucesivas entregas de *El peso de la paja* de Terenci Moix. Se trata de un ciclo autobiográfico que ha depurado quizá el mejor relato de infancia de los últimos veinte años: *El cine de los sábados* (1990), donde el humor, la ironía, y un hábil y dramático (en todos los sentidos de la palabra) juego de planos temporales permiten la exhibición de su dominio de la escritura. El conjunto de este ciclo publicado hasta ahora nos ofrece, de paso (aunque se adelantara Luis Antonio de Villena con *Ante el espejo* en 1982), otro tipo de infancia y juventud y otro tipo de educación sentimental: la de un joven homosexual que logrará descubrir su vocación y cumplirla como una senda, a veces dramática y

trufada de peripecias, de libertad, erotismo y literatura; demasiada literatura (y películas de Hollywood), como diría irónicamente Terenci, el personaje.

Las novedades editoriales que aporta este género autobiográfico se suceden en los recientes años, de modo que su pervivencia no parece amenazada por el agotamiento: basta recordar que el único premio literario dedicado a la autobiografía y las memorias, el Premio Comillas de Editorial Tusquets cuenta entre sus premiados los relatos de infancia de Alberto Oliart y Carlos Castilla del Pino (su magnífico *Pretérito imperfecto*, 1997, es un texto destinado a ser un modelo para el futuro de este género).

Entre los últimos y más originales títulos aparecidos cabe destacar el citado *El hombre indigno* de Antonio Rabinad, un autor no bien atendido por la crítica, aunque esta frase deberá pasar a convertirse tan sólo en un tópico dada la buena acogida que ha merecido su relato de infancia. En este relato la guerra y la desaparición del padre en la misma marcan la infancia y la juventud en una dura Barcelona de posguerra. Pero como el propio autor nos confirma en la entrevista que transcribimos más adelante, la narración va más allá de unas coordenadas ya transitadas por el relato de infancia de los últimos años y logra con el vigor de su estilo un texto nada autocomplaciente que insiste en una voluntaria y decidida toma de posición en los márgenes, en una visión de la vida desde el desarraigo que, por otro lado, ha formado parte de casi toda su obra de ficción.

Como afirma Rabinad, la memoria es un pozo, un venero inagotable, raíz profunda de toda palabra, que para la literatura española promete seguir siendo un mirador privilegiado donde los recuerdos de la infancia nos permitirán seguir asomándonos a nosotros mismos y a nuestro tiempo.

